

Trilogía de Entre Ríos de Perla Suez

(Editorial Norma, Buenos Aires 2006)

Por Sylvia Iparraguirre

Quiero celebrar con todos ustedes la aparición de este libro. Tal vez a muchos les pase lo que a mí, que conocían estas nouvelles en sus ediciones individuales. Hoy quiero destacar la brillante idea de reunir las en un volumen. Porque como trataré muy brevemente de exponer, estas historias comparten no sólo un territorio -Entre Ríos- sino aquello que tienen para decir bajo diferentes metáforas y que la contigüidad de la edición lo muestra ahora, en la lectura conjunta, con evidencia y enorme fuerza. Es curioso que esta impresión tan fuerte, tan duradera, de buena literatura lo logre el arte económico de Perla Suez; esa economía de estilo que va al centro del asunto, con una sutileza y una precisión admirables.

"¿Quién construyó Tebas de las siete puertas?", pregunta el lector obrero de Bertold Brecht (como cita Carlo Ginzburg). La pregunta tiene una gran significación en términos de historia ya que indaga sobre el anonimato: dónde figuran los nombres de aquellos constructores, los que compartieron el tiempo y la historia de los Atridas, el tiempo de Agamenón y Menelao. Mucho se le ha criticado a la historiografía tradicional el escribir sólo la gesta de los reyes, ocuparse sólo de los grandes personajes, de los generales, de los almirantes, de los caballeros. Desde hace décadas, la nueva historiografía ha cambiado radicalmente la forma de ver los sucesos y sus actores y ha restituido a su lugar fundante al hombre común, el que no figuró, su participación insoslayable a la hora de entender los grandes movimientos históricos. Porque qué hubiera sido de Colón solo en los barcos, de Napoleón solo en los campos de Batalla, de Alejandro Magno sin soldados a la hora de conquistar el mundo que quería conquistar. Qué hubiera sido de la Iglesia sin los constructores de catedrales, los artesanos que, generación tras generación, pero sin que su nombre perdurara en ningún frontispicio, moldearon y fraguaron los materiales.

Esta reposición tardía que hizo la historia, la ha hecho siempre la literatura; ése ha sido su trabajo. La literatura que indaga esos bordes donde habita la gente que no tuvo voz ni voto; el entretejido menudo de todos los días, acontecimientos poco relevantes, a veces tragicómicos, que mueven la historia con mayúsculas. Y la pregunta que quiero decir es: ¿qué hubiera sido de la Argentina sin los campesinos, pastores, obreros, jornaleros, herreros, artesanos que llegaron sin nada para empezar de cero y hacer un país? Puesto así, señalar estos datos parece tener una pretensión heroica, pero nada más lejos de esa intención. En su Trilogía de Entre Ríos Perla Suez nos entrega un fragmento de ese fresco monumental que es la construcción de la Argentina, un segmento de vidas modestas representadas en un mosaico de anécdotas decisivas, banales, tremendas. Por estas tres nouvelles pasa buena parte de la historia argentina, pero no con mayúscula. Y rescato dos palabras del excelente prólogo de Guillermo Saccomanno que me parecen muy significativas a la hora de ver la posición de la autora: sospecha y desconfianza, palabras que sobrevuelan estas historias. El escritor -Perla Suez- se sitúa frente a lo que le ha sido contado canónicamente con sospecha y desconfianza, y es allí donde se ubica el germen, el núcleo inicial del desarrollo de la ficción; desde esa fisura se produce la desarticulación de lo recibido en una nueva lectura crítica.

La trilogía describe un arco que va de la semana trágica (El arresto), de 1919, pasa por los años treinta (Complot) y llega hasta aproximadamente los años cincuenta (Letargo). Las primeras dos están precisamente fechadas; la última no, pero el lector lo infiere de las referencias: el ula ula, la voz de Nat King Cole. Décadas decisivas, en las

que se gestaron buena parte de los mitos contemporáneos de la Argentina basados en el caudal inmigratorio y en la movilidad social.

En este fresco dúctil, de enorme eficacia comunicativa con el lector, la literatura de Perla Suez nos alcanza tres personajes inolvidables: una niña, Déborah, otra niña que empieza a atravesar la pubertad, Mora, y un adolescente, Lucien, un muchacho que viene a estudiar a Buenos Aires desde Entre Ríos. Alrededor de ellos surge un coro fugaz a la vez que nítido de personajes: la inolvidable bobbe, el padre indeciso y frustrado, la sensual Vera, el inglés decadente, el patrón corrupto.

El logro mayor de estas historias es que se leen sin ninguna intervención de los hechos sociales. Eficazmente, no son mencionados; entran en las novelas con la brusca sequedad del documento y se presentan así frente al lector. Con sabiduría, el narrador no opina, deja que los sucesos sucedan y debe ser así ya que estos personajes no saben que lo que los arrastra y los supera como individuos pasará a la historia oficial con el nombre, por ejemplo, de "la semana trágica". Déborah, Merke, la bobbe, Mora, Jordán, Lucien viven en la tercera o cuarta fila del gran escenario. Y es precisamente allí, casi entre bambalinas, donde se perciben con mayor crudeza los claroscuros violentos de la historia, la poca o ninguna consideración que para sus participantes menores tienen aquellos que detentan cualquier tipo de poder. Y éste es uno de los temas centrales de las tres nouvelles: el poder; el otro es la violencia. El poder y la impunidad con que se ejerce sobre los más débiles. Sin piedad. El poder familiar; el poder económico y el poder político y policial. Déborah de Letargo, Mora, de Complot y Lucien de El arresto tienen, dada su edad y posición, muy pocas posibilidades de escapar a esta presión, a esta violencia que se ejerce sobre ellos. Por su parte, la violencia atraviesa la trilogía: Déborah asiste al drama familiar de la enfermedad y locura de la madre: la violencia de las situaciones a la que la chica no sólo no puede escapar sino de las que, por razones sociales y culturales, debe participar, se le exige que participe, que cuide su madre dentro de la locura. Lucien es arrestado y torturado sin tener ninguna participación ni conocimiento de las corrientes encontradas de los hechos, de esa violencia impune que aplica el poder policial, mano feroz del poder político que delegaba así el trabajo sucio y que se ejerció tan largamente en nuestro país; Mora corrompida sexualmente por un inglés degradado, representante del omnipotente accionar de las corporaciones extranjeras en connivencia con los corruptos poderes locales, en la figura de del patrón Bruno Edels, conjunción de la que sale destruido el eslabón más frágil, la chica de doce años.

Es verdad que Perla habla de lo que conoce, de su tradición que es la tradición judía, de esa inmigración, de ese grupo humano, pero no se ancla allí; aunque inequívocamente judíos (recuerdo el maravilloso gesto de la bobbe cubriéndose los ojos para musitar la Oración de las velas), los personajes pertenecen a la tradición argentina; los avatares de su vida de inmigración y adaptación es el mismo al de cualquier grupo de inmigrantes campesinos llegados a nuestro país a fines del siglo XIX. Salvo a la hora de sufrir la violencia de la liga patriótica.

De estas cosas nos habla la Trilogía de Entre Ríos y de otras muchas como sucede con los buenos libros, pero no nos hablaría con tanta elocuencia si, primero y fundamentalmente, no fueran notables desde el punto de vista literario. El estilo de Perla es raro, difícil de encontrar, aunque advertimos (ella lo deja expreso) el gesto hacia un maestro que es Andrés Rivera. Cuando la mayoría abundamos y hasta aburrimos al lector, Perla ya supo cómo contar una escena, cómo encontrar ese ángulo desde el cual el narrador, sabiamente como dije, traza una pincelada muy precisa y fina, y nos hace inolvidable esa chica mirando la lluvia tras los vidrios de una ventana. Letargo, El arresto y Complot historias contadas por lo bajo, narradas desde una aparente frontalidad, sin ninguna clase de pedantería o postura, nos llevan intesamente hacia el llano donde una realidad a menudo siniestra juega con los inocentes. Y Perla Suez toma el partido de los inocentes. Escribió Borges que, "al principio todo escritor es vanidosamente barroco y, al cabo de los años puede lograr, si son favorables los astros, no la sencillez que no es nada, sino la modesta y secreta complejidad". Perla Suez nos demuestra en la trilogía como ha alcanzado, desde su primera novela, esta modesta y secreta complejidad.

[Volver a pagina de inicio](#)

Contacto: info@lamaquinadeltiempo.com
